

Revista
Paraguay desde
las Ciencias Sociales



Grupo de Estudios Sociales sobre Paraguay

www.grupoparaguay.org
ISSN 2314-1638

Carbone, Rocco

CAMPESINADO VÍCTIMA DEL PODER: NARRATIVA CULTURAL, MEMORIA,
ACTUALIDAD

Revista Paraguay desde las Ciencias Sociales, revista del Grupo de Estudios Sociales sobre
Paraguay, nº 2, 2013, pp. 65-73

*Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Universidad de Buenos Aires
Argentina*

Disponible en: <http://www.grupoparaguay.org/revista>

RECIBIDO: DICIEMBRE 2012

ACEPTADO: ABRIL 2013

Campesinado víctima del poder: narrativa cultural, memoria, actualidad

Rocco Carbone (UNGS/CONICET)

E-mail: rcarbone@ungs.edu.ar

Rescatar la memoria no es rescatar huesos, sino las ideas por las que esas personas están ahí (tiradas, bajo formas de huesos).

Palabras clave: literatura paraguaya, subsociedad campesina, poder, memoria colectivo-popular

Resumen

El tema de este trabajo atañe al campesinado paraguayo víctima del poder: del ejercicio del poder –a través de relaciones de dominio y sometimiento– sobre esa subsociedad por parte de algún gobierno corrupto o bien por medio de la avanzada de las transnacionales vía la producción de agrocombustibles y/o la soja forrajera.

El objetivo de la ponencia es formular una operación crítica que consiste en poner en paralelo un problema socio-político candente no sólo de Paraguay sino de nuestra América y un texto literario –Insurgencias del recuerdo (2009) del guaireño Catalo Bogado Bordón– que recrea, desde la perspectiva de la memoria colectivo-popular, el despojo y la expulsión de la subsociedad campesina de su tierra, por la violencia, la soja, los agrocombustibles y la miseria, en última instancia, que esas inflexiones provocan.

La hipótesis de trabajo gira alrededor de cómo la literatura franelea con un drama sociopolítico contemporáneo. Cómo la literatura desafía la historia, el vacío de memoria imperante en el Paraguay con vistas a recuperar el nombre de las cosas tal como deberían ser. O haber sido.

Peasants, victims of power: cultural narrative, memory, current affairs

Keywords: Paraguayan literatura, peasant subsociety, power, collective-memory popular

Abstract

The subject of this paper concerns the Paraguayan peasant victim of power: the exercise of power -over relations of domination and subjugation-on that subsociety by some corrupt government or through advanced satellite transnational production bio fuels and soybean forage.

The aim of the paper is to formulate a critical operation that involves placing a parallel socio-political problem which is central in Paraguay and in America and to recover a literary text -Insurgencias of memories (2009) written by Bogado Bordon, which recreates from the perspective of collective and popular memory, dispossession and expulsion of peasants from their land subsociety, for violence, biofuels and misery.

The working hypothesis revolves around how literature plays with contemporary socio-political drama. How literature challenges history and the memory vacuum prevailing in Paraguay in order to retrieve the name of the way things should be. Or have been.

Presentación

De un problema paraguayo vengo a hablarles; que es también un problema de nuestra América. Y pretendo hacerlo por medio de una narrativa cultural configurada sobre la base de dos dimensiones: la primera es literaria; la segunda, tiene que ver con unas “imágenes” – sociales, políticas– desde la actualidad, desde una temporalidad en presente.

Primera dimensión

Casi toda la producción de Catalo Bogado (Villarrica, Guairá, 1955) parte de un principio epistemológico sintetizable de la siguiente manera: Paraguay es un país en el cual impera una potente “desmemoria”. Una amnesia que funciona a nivel colectivo. Por esta razón, su literatura se trenza en un combate cuerpo a cuerpo en contra de la “desmemoria”, el olvido, la amnesia. Y recuerda: recuerda permanentemente. Dicho sea de paso, podríamos arriesgar que el trabajo con la memoria constituye una constante en una gran parte de la producción artística paraguaya contemporánea, verificable por ejemplo en la obra de Juan Manuel Marcos, en el ámbito de la literatura, o de Paz Encina, en el del cine. Pero volviendo a Bogado, todos los personajes que rescata, enfatiza o pone en foco –populares o pertenecientes/provenientes tendencialmente de subsociedades campesinas– recuerdan y lo hacen de manera obsesiva. De esto descende que de alguna manera se trata de una literatura que le disputa su objeto a la historia: lo sido. Pero la cuestión es preguntarse acerca del porqué de ese principio epistémico, de esa desmemoria imperante que desvela a esa literatura. Porque esa literatura muestra y describe esa desmemoria, pero no nos devela su razón.

Podemos conjeturar –y sobre esa conjetura se puede discutir– que Paraguay sufre de desmemoria a causa de los traumas que pueblan su Historia. El olvido está directamente entroncado con traumas de tipo político, social, histórico, económico. Y el trauma, menos en términos individuales que colectivos, suele ser producto de una crisis o de un estado de shock (Klein, 2011). Acontece cuando la sociedad está conmocionada –shockeada, justamente– por una catástrofe natural –el huracán Katrina en New Orleans–, una guerra –Irak, Bagdad y Abu Graib–, una catástrofe político-económica – los hechos decembrinos de 2001 en la Argentina. En Chile: la caída de Allende, me resulta indiscutible. En este sentido, ¿alguien se arriesgaría a sostener que la historia, la historia política de Paraguay, no es homologable a una historia del shock? Shock que atraviesa el Paraguay desde la independencia, cuando no antes, y que impactó en la suspensión, durante largos periodos, de las reglas del juego democrático. Rodríguez de Francia, Carlos Antonio López, Francisco Solano López, Stroessner: condición que ocupó la mitad de la existencia del Paraguay como unidad política independiente. Si a esos personajes se agrega la Guerra contra la Triple Alianza, la del Chaco y seis décadas de hegemonía colorada, aparece la palabra shock. Y esto heredó Lugo en 2008. Shock reactualizado a fines de junio de 2012 con la destitución de este Presidente democráticamente electo. El golpe institucional de Federico Franco en Paraguay ha implicado la ruptura del orden democrático, ya no a la manera de las dictaduras clásicas (FF.AA. mediante), sino por medio de golpes parlamentarios (eco de la “dictadura” del capital, el narcotráfico, la violencia). Golpe institucional activado por un juicio de menos de 48 horas que ha reactualizado una gran constante dentro de la historia política paraguaya: el shock. Trauma que conmocionó a un importante y amplio sector de la ciudadanía: que era posible corroborar el viernes 22 de junio de 2012 en la Plaza de Armas frente al Congreso, integrada mayoritariamente por organizaciones campesinas, jóvenes, y una suelta y fragmentada clase media. Trauma que reactualiza los fantasmas de un régimen político como el stronato o, más acá, el marzo paraguayo de 1999. El pretexto para activar el juicio sumario en contra del Presidente constitucional fue la matanza de seis policías y once campesinos en Curuguaty (Departamento de Canindeyú) en un conflicto desatado por tierras malhabidas por parte de un colorado- stronista: Blas N. Riquelme.

Dicho esto, el personaje que quiero poner en foco para articular la narrativa cultural a la que aludí hace algunos minutos es Galeano Tavy, protagonista de un cuento homónimo, de apenas siete páginas. Galeano es un campesino sin tierra, como los que llenan las fronteras del Paraguay en los departamentos del Alto Paraná, Caazapá, Canindeyú, San Pedro, Caaguazú, Concepción, hoy día. Campesinos que hoy, como ayer para Galeano, son despojados del

acceso a la tierra (o a la continuidad en su tenencia). ¿Por qué causas? Por la producción de agrocombustibles –biodiesel y etanol– basados en monocultivos extensivos. Dos: por la soja forrajera para la ganadería europea y los “tigres asiáticos”. La soja implica una producción prescindente de mano de obra, expulsora de población rural hacia los deteriorados mercados laborales urbanos, como expulsora es también hoy “la acción de los llamados colonos brasileños y el inicio de una mayor dinámica de la modernización agrícola, que aumentó la productividad pero provocó el desplazamiento campesino, profundizando la crisis social en el campo” (Morínigo, 2007: 19).

Galeano, entonces. Como todos los protagonistas de Bogado es un tipo, en el sentido de que sus características individuales se sacrifican para condensar aquéllas de un grupo restringido de personas de una determinada sociedad o ambiente. Además, el tipo implica un conjunto de rasgos psicológicos y morales reconocidos como peculiares de un modelo configurado por la tradición. Enfocar a un tipo como él significa abrir toda una cadena de significaciones. ¿Qué quiere decir? Se trata de un campesino miserable que vive en un ranchito situado en un escenario de pobreza, y más que un protagonista individual remite a un sujeto popular colectivo: el campesino víctima del poder. Sujeto coral perteneciente a una subsociedad que escapa al anonimato porque es individualizable. Legítimo propietario de “ese lugar”, de su tierra, desde siempre porque hasta “mi bisabuelo, [...] en este lugar nació” (Bogado, 2009: 38). Fueron sus ancestros quienes rompieron la virginidad de esa “tierra cruel”, quienes la fecundaron “con sudores y sangre” (Bogado, 2009: 40). Ésa, su única querencia, le es confiscada por un dueño de la tierra con la anuencia de algún gobierno, que podría ser cualquier gobierno corrupto: “Esta tierra fue mía desde antes de nacer. Usted lo sabe, ¿van a vender mi tierra?, no... Aquí está mi casa, todas mis raíces [...] ¿Qué haré sin estas tierras?

¿Adónde iré? [...] Toda su vida había trabajado en aquella tierra sin más sueño ni ambición que morir en paz en su humilde rancho” (Bogado, 2009: 39-43).

Ese dueño es tan dueño que la narración lo tilda de don, don Adolfo, parecido a otro don de otro cuento, “Memoria de La Soledad”: “a don Matiauda le sobran cualidades para ser jefe político de la zona: ignorancia absoluta, temperamento despótico y fama de cuatrero incorregible” (Bogado, 2009: 138). Aunque dicho sea de paso, no quiero dejar de lado que con el apellido Matiauda, oblicuamente y no tanto, se nos está remitiendo a Alfredo Stroessner Matiauda. Don Matiauda, don Adolfo, el don, en definitiva, también es un tipo colectivo e individualizable, llega a caballo para informarle a Galeano que va a usurpar

sus más que acotados bienes. Y éste protesta sosteniendo que “no se puede arrancar a un hombre de su tierra como si fuera un yuyo.

¿Qué haré sin estas tierras? ¿Adónde iré? Ya soy viejo, no conozco otro lugar” (Bogado, 2009: 39). Y efectivamente es así, la narración da pruebas contundentes. No conoce otro lugar ni otro lugar lo conoce a él, salvo “el Chaco donde luché tres años sin preguntar jamás de quiénes eran las tierras” (Bogado, 2009). Presenciamos menos el drama de Galeano que el de todo campesino expropiado por los dueños de la tierra y que a causa de ese drama enloquece: en la puesta en foco; puesta en foco que al ser universalizada nos pone frente a un mundo que se rige absolutamente por relaciones de dominio y sometimiento. Aquí con la prepotencia de toda denuncia, la literatura se hace cargo de narrar la historia de un sujeto colectivo que, como tal, resume la historia de todo un pueblo. Y lo hace cuando Galeano pierde la capacidad –módica de por sí– de protestar. Si bien quiere gritar en contra del opresor, “seguir discutiendo, [...] las palabras ya habían huido de su boca seca. Todo lo que hizo fue seguirle con la mirada a don Adolfo. Éste se alejaba por el verde maizal” (Bogado, 2009: 40).

La literatura de Bogado le presta la voz a Galeano, donde más que préstamo se trata de un volverle a conceder la voz. Y en esa devolución se invierte el signo de un “vencido”. En la sincronía, la literatura lo recupera para la memoria colectiva cuando su presencia ya no llama “la atención de nadie”, ya que los años “le fueron borrando de la conciencia” del resto del pueblo: “Su silbido, su andar pensativo y sus pasos a veces vacilantes ya no llaman la atención de nadie, porque ya forman parte del paisaje, con él han crecido las nuevas generaciones. Los años y muchos problemas como el suyo le fueron minimizando, le fueron borrando de la conciencia” (Bogado, 2009: 43).

Esta literatura se impone con tanta insistencia y prepotencia en su afán de narrar y recuperar lo sido, y otorgarle su verdadero nombre a las cosas enfocadas, que a pesar de que en la zona por donde anda Galeano –que son todas y ninguna– “nadie tiene clara memoria de su nombre” (Bogado, 2009), al final de la historia la narración nos evidencia enfática que nuestro personaje no es ni Galeano, ni Tavy, ni Galí –nombres superpuestos para nombrar a este campesino sin tierra–, sino Saturnino. La literatura desafía la historia, el vacío de memoria, de amnesia colectiva imperante en el Paraguay y recupera el nombre de las cosas tal como deberían ser o como deberían haber sido. Y lo hace porque Bogado responde a ese postulado de Idries Shah –un autor y maestro de la tradición Sufi– que recita: “Todo relato, imaginario o no, presta su luz a la verdad” (Bogado, 2009: 45). Verdad, precisamente, para que un sujeto perteneciente a una subsociedad campesina no se mimetice con el paisaje como

si fuera una cosa, una nada; y para que los años y los desgobiernos no terminen de naturalizarlo.

Y si de tenencia de la tierra, de la expulsión de la tierra por algún don se trata, hoy esa misma expulsión es debida a otra forma de poder, menos de tipo político que económico o de ambos en forma cruzada, pero cuyas inflexiones impactan en la tierra. Me refiero a la soja. En este sentido, el itinerario que va del texto al contexto se me hace necesario. Pongo en foco, entonces, San Pedro de Ycuamadiyyú: una frontera, situada al noreste respecto de Asunción.

Segunda dimensión

Opulenta. Frontera y también fachada departamental, tersa y lisa. A exhibir. Cuyo par opositivo es la soja transgénica: Roundup ready (RR), un factor agrícola, solo en apariencia, que implica, también y sobre todo quizá, cambios culturales. Su crecimiento va de la mano de productos agrotóxicos y entró a Paraguay desde Argentina y Brasil. Estos países, junto con Bolivia y Uruguay, constituyen un gran pentágono productor de soja transgénica.

San Pedro: lo postulo como una metáfora mayor del Paraguay, tal como Saturnino es una metáfora mayor que condensa el despojo y la expulsión de la subsociedad campesina de su tierra. Ese Paraguay que es el séptimo productor mundial de soja y cuarto exportador – EE.UU. es el primero a nivel mundial–, aspecto que encuentra su correlato en la tenencia de la tierra, ésa que es denunciada por la literatura bogadiana. Además de estas cuestiones relativas a la concentración (y muchas veces extranjerización) de la tierra, la soja implica unos cuantos factores a tener en cuenta. Al menos cuatro. Es una catástrofe que impacta en la siempre postergada reforma agraria paraguaya a la cual ni Lugo pudo hacer frente, pese a los compromisos contraídos antes de asumir: había que comprar las tierras, a qué precio, cómo, enfrentando a tal o cuales sectores concentrados. El segundo: catástrofe imperialista desde su primera invasión, allá en los 70 –no transgénica: convencional y biológica–, a mano de los “brasiguayos”, quienes además en los 90 organizaron el tráfico de la semilla RR. De paso: los “brasiguayos” son prósperos productores brasileños de soja, instalados desde hace 40 años en las tierras más fértiles del país, en la cuenca del río Paraná, en la zona fronteriza de Paraguay con Argentina y Brasil. Catástrofe pero también debacle con consecuencias económicas, sociales, ambientales (desmonte, destrucción, erosión y contaminación química), sanitarias (enfermedades a causa de las fumigaciones) y a nivel de la biodiversidad (la biouniformidad hacia la cual tiende la soja es un peligro para la seguridad alimentaria del país y del subcontinente). Catástrofe imperialista/colonialista que por medio de multinacionales y compañías extranjeras (brasileñas, alemanas, japonesas) que compran grandes extensiones de

tierra implica la migración forzada de los grupos más vulnerables, pequeños campesinos e indígenas mbyá-guaraní desde zonas rurales a zonas semiurbanas (periferias de las ciudades que tienen un “sabor” rural) o urbanas y desalojo de pequeños productores que se niegan a abandonar su tierra. Esto se traduce en un aumento de la desigualdad social, pobreza y exclusión, pero sobre todo en la eliminación de comunidades humanas y de sus modos de vida que son mundos-de-vida: se alteran patrones de tenencia de la tierra, pero también costumbres, símbolos, formas de producción, consumo, redistribución, formas tecnológicas, organización sociopolítica. A esto se suma todavía el desempleo y subempleo rural y sus complementarios conflictos sociales: alcoholismo, violencia familiar y de género, pérdida de la propia identidad. Pero decía mundos-de-vida, basados en la agricultura familiar. Se estima que 70% de las migraciones forzadas se deben a la soja. Y el corolario de ese porcentaje es: miseria, inseguridad, violencia. Problemas sobre los que reflexiona la literatura paraguaya contemporánea: me refiero a otro cuento de Bogado: “Crónica de un sobreviviente del Ycuá Bolaños”. Complementariamente, la soja significa también prácticas stronistas de amenazas y matanza de campesinos, de sus dirigentes, y en el mejor de los casos de encarcelaciones –al cabo de las cuales los campesinos encuentran quemadas sus barracas de planchas, las cosechas destruidas y sus animalitos muertos. Los casos son consabidos: desde Ñeembucú, pasando por el Alto Paraná hasta Concepción, para no abundar. Y una pregunta: si el mercado urbano de Asunción no puede, como efectivamente no logra, contener esas migraciones forzadas, ya que las zonas urbanas se encuentran saturadas, esa masa de gente ¿dónde derrama? Arriesgo: en Buenos Aires, no como único destino, desde ya. Quizá, habría que investigar las causas de tanta prostitución paraguaya en la provincia de Buenos Aires. Propondría como hipótesis de su causa: la presión sobre la tierra.

Modelo de producción transgénico, la soja –concreción mayor de Monsanto, Syngenta, Novartis, Archer Daniels Midland Company, Bunge, Cargill, Luis Dreyfuss– que excluye otras agriculturas; comporta una agricultura empresarial moderna y una forma de producción dominante que subordina el modo de producción campesino y debilita la economía que le es propia. Impulsa una agricultura sin agricultores: la soja ha cambiado la estructura agrícola de Paraguay, ha transformado el paisaje y ha desplazado ecosistemas naturales enteros. El avance de este tipo de agricultura a gran escala comporta una alteración en la estructura productiva, en lo sociocultural y en el uso de los recursos naturales por parte de los actores sociales. Deja de ser un problema agrícola para constituirse en una problemática política, holística, si se quiere, que implica un proyecto hegemónico: el control de la política agroalimentaria (y, en última instancia, comercial) por parte de un poder fáctico mayor que el

de muchos gobiernos nacionales, que también, por su parte supieron expropiar tierras, como vimos hace unos minutos. Ahora, en cuanto al control de la alimentación: es un arma política, que puede servir para coaccionar gobiernos enemigos; en última instancia, ese “patio trasero” que siempre fue América Latina para los Estados Unidos y, extremando apenas los argumentos, para controlar la producción alimentaria de buena parte del mundo. Sin ir más allá: hoy Paraguay importa más alimentos de los que exporta. Esto se llama perder la seguridad de algo tan básico como es la alimentación. Y en el Bicentenario de la independencia paraguaya, me acuerdo de Martí: “el pueblo que confía su subsistencia a un solo producto, se suicida”.

Telón

En el caso concreto de Paraguay se suicida no sólo porque la subsistencia esté atada a un solo producto (la soja transgénica), sino porque ese producto va nexado con la concentración de la tierra, que atendiendo al Censo Agrario Nacional (1991-2008), arrojó estos resultados: en 1991, el 1,6% de los propietarios tenía el 81,3% de las tierras aptas para la agricultura o la ganadería. Para el 2008, el 2,6% de los propietarios tenía el 85,5%. Y los propietarios que se encontraban en esta categoría tenían 3719 hectáreas en promedio. Concentración de la tierra en pocas manos y en perjuicio de las subsociedades campesinas vigente desde el régimen de encomiendas colonial, prolongada por las políticas implementadas por gobiernos republicanos de fines del siglo XIX, que favorecieron la concentración de tierras por el capital privado extranjero, y en el XX, para no abundar, el régimen político stronista asignó enormes extensiones a amigos, políticos, militares y allegados. Concentración de la tierra, problema político de la tierra que cómo último punto de inflexión implicó un nuevo shock que reactualiza una constante dentro de la historia paraguaya. Me refiero al desalojo violento del predio de Curuguaty, en el noroeste de Paraguay, en el cual murieron 11 campesinos y 6 policías. Y que sirvió de pretexto para llevar a cabo el juicio político y la destitución de un Presidente constitucional. Acción desestabilizadora producto de la tradicional asociación entre las corporaciones del complejo sojero, las oligarquías locales, los grandes multimedios y los intereses norteamericanos. Hecho que representa un nuevo episodio del histórico y dramático problema paraguayo en torno al acceso y tenencia de la tierra, y que hace volver a fojas cero la primera experiencia progresista (retardada) luego de seis décadas de hegemonía absoluta del Partido Colorado.

Recuperando esos ademanes saludables de la literatura de Bogado –que a través de la figura de Saturnino denuncia el drama de todo campesino expropiado por los dueños de la

tierra—, así la narrativa cultural configurada aquí, pretende recuperar el nombre de las cosas tal como deberían ser o tal como deberían haber sido, para que mañana no vuelva a imperar el vacío de memoria, de amnesia colectiva (o de un pedazo considerable de esa colectividad), que es lo que quieren los que hoy vectorizan hacia los cuatro vientos haber llevado a cabo un cambio absolutamente constitucional y ajustado a la ley y, vaya paradoja, en forma pacífica, encabezados por Federico Franco: impulsor de un nuevo “franquismo” en el Cono Sur.

Bibliografía

Bogado Bordón, C. (2009). *Insurgencias del recuerdo*. Buenos Aires: Ediciones El 8vo. loco. Colección 69 / Argentina es Latinoamérica.

Klein, N. (2011). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Morínigo, J. N. (agosto, 2007). De la quietud a los nuevos procesos. Sus efectos políticos. *Novapolis. Revista de estudios políticos contemporáneos. Cómo cambia la política en el Paraguay del siglo XXI*. I, 2. Asunción: Germinal/Arandurã Editorial.